

Desde pequeña he estado rodeada de mujeres. Ellas han sido mi familia. Mujeres separadas, divorciadas o simplemente, solitarias. Perteneczo a una familia peculiar. En cualquier reunión navideña, ellas eran una gran mayoría. Las amigas de mi madre con sus hijas. Un ejército de voces y alegrías, de historias en común. Para mí, siempre había sido natural e incuestionable, pero hace poco más de siete años, algo ocurrió en mi vida que me empujó a averiguar el origen de esta ausencia masculina en mi familia.

Por aquel entonces colaboraba en un documental sobre el exilio. Conversaba a menudo con el guionista, Xavier Montanyá, y de forma casual le comenté que mi abuelo había sido fusilado en el año 40. Me miró y me hizo una sola pregunta: ¿por qué? No supe que responder; mi abuela nunca nos había contado nada. Se trataba de un misterio para mi madre y para mí. Un tema oscuro e inaccesible así lo habíamos aprendido. De esta forma, nació una curiosidad extraña por la figura de mi abuelo. Nunca le había dedicado demasiada atención, ¿por qué cuestionar algo incuestionable? ¿Por qué buscar algo que ya estaba escrito en nuestra memoria? Mi madre había nacido dos meses después de su muerte y mi abuela se había convertido en madre soltera en tiempos de pos-guerra. Fue entonces cuando él entró a formar parte de mi vida, por su ausencia. La historia de esa ausencia era también mi historia.

Cuando inicié la búsqueda, mi abuela **Leonor** sufría demencia senil en estado avanzado, y uno de los principales síntomas era la pérdida de memoria. Ella era la única esperanza de conocer algún dato más sobre este hombre. Durante una temporada, intenté tirarle de la lengua, pero resultó inútil. Sentía, que en ese silencio, había una mezcla de temor y olvido voluntario de una etapa demasiado dura de su vida.

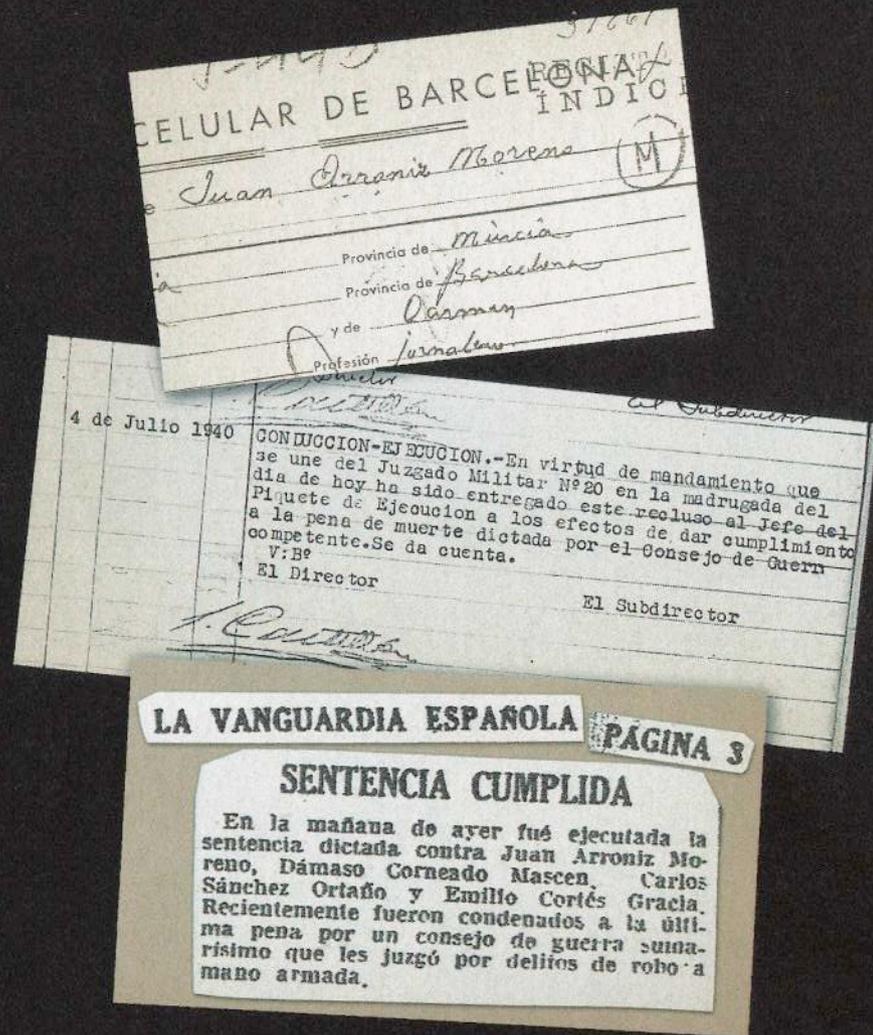
Ella viajaba hacia la desmemoria y yo hacia un paisaje tan despoblado y desértico como el pasado.



Meses más tarde, el guionista, me trajo un libro de Josep M<sup>a</sup> Solé i Sabaté donde aparecía un largo listado de víctimas de la guerra civil. Páginas y páginas donde se especificaba el día de la muerte, la edad, el lugar de nacimiento y la profesión de miles de hombres...

Con paciencia recorrí todas esas páginas con una sola pista -De Arroniz, no puede haber muchos-, me decía a mi misma. Finalmente, cuando ya estaba a punto de desistir, en uno de los últimos apartados, encontré una separata donde se podía leer: "De otras víctimas: en ejecuciones públicas, de residencia desconocida, por maquis y resistencia". Ahí estaba su nombre: Juan Arroniz Moreno. Ya lo había encontrado y lo que era más importante, ahí constaba el elemento clave, el Juzgado Militar n°20. Ese documento me condujo al Gobierno Militar de Barcelona. En un estante de mecano oxidado y lleno de polvo, estaba el legajo del juicio contra mi abuelo y otros compañeros: el Sumarísimo de Urgencia n° 21.685.

Recuerdo que de un largo pasillo salió una mujer que traía en sus manos una carpeta deteriorada con el nombre de mi abuelo en la portada. Sentada en una incómoda silla, en un despacho gris del Tribunal Militar, me disponía a descubrir el motivo del fusilamiento de mi abuelo. La SENTENCIA era clara: Juan Arroniz Moreno, fue condenado a "3 PENAS DE MUERTE POR 3 ATRACOS A MANO ARMADA", el delito era calificado como REBELIÓN MILITAR.



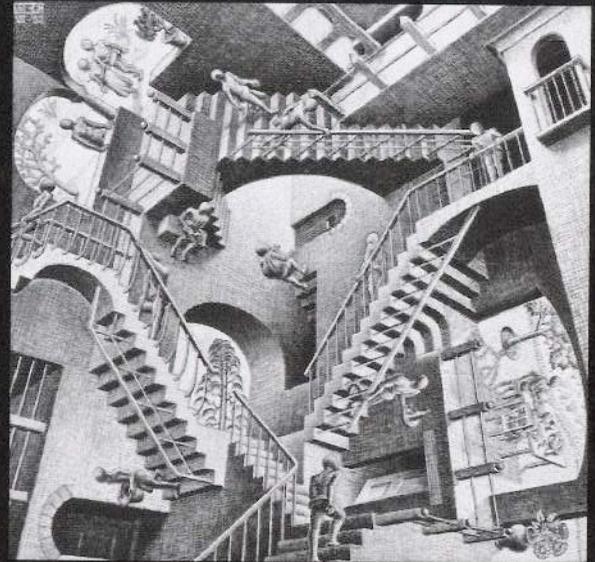
Si en alguna ocasión me había detenido a pensar sobre el motivo del fusilamiento de mi abuelo, jamás había pasado por mi cabeza pensar en él como en un atracador. Supongo que tal y como había hecho mi madre, o contagiada por su necesidad, había imaginado una breve historia en la que él formaba parte del bando de los vencidos.

En ese momento, inicié una búsqueda exhaustiva a partir de los datos que extraía del Sumarísimo. Cualquier pista era válida para empezar a investigar; los nombres de sus compañeros, la descripción de los diferentes atracos que cometió, los lugares donde vivió, las pistolas que empuñaban, las frases de los testimonios... Era como intentar reconstruir un puzzle en el que faltaban la mayoría de las piezas. A medida que transcurrían los meses me daba cuenta que mi abuelo era como una pastilla de jabón que se me escurría entre los dedos. Había pasado demasiado tiempo para encontrar a alguien que lo hubiese conocido personalmente. Hasta que un día encontré a una persona. Era una mujer, mayor, de unos noventa años, con un recogido perfecto y una memoria prodigiosa. Ella me ayudó a descubrir parte de esta historia y eso ya forma parte de la película...

Todo este tiempo transcurrido me ha llevado hasta **Nadar**. Una película sobre la búsqueda de un fantasma, sobre la incertidumbre de la propia identidad. Una historia que poco tiene que ver con quien era mi abuelo, pero que habla de la necesidad que tenemos de ensalzar a nuestros

antepasados, colocarlos en un lugar-altar sagrado e incuestionable.

Nuestro documental permite esa mezcla de verdad y de imaginación, es ese territorio impreciso donde se habla de la memoria y del olvido. Porque en esta narración, tan importante es lo que intentamos recordar, como lo que olvidamos. Por eso **Nadar** cuenta la historia de una búsqueda con una solución imposible, como ocurre en las figuras de Escher, escaleras y caminos que desembocan en el mismo sitio o quizás en ninguno, puertas que se abren y puertas que se cierran...



Es una narración reflexiva, en primera persona, que imita el deambular de la mente que va de una idea a otra, asocia imágenes e ideas y lo filtra a través del sentimiento.

Esas reflexiones, en primera persona, suelen ocurrir en el agua, en una **piscina**, donde en ocasiones, uno encuentra un rincón de quietud y se destilan los pensamientos hasta llegar a las inquietudes más profundas. **Kieslowsky**, utilizó en **Azul** esa piscina en la que Juliette Binoche se sumergía en busca de si misma. El agua como reflejo de su propio estado de ánimo, donde el sonido adquiere otra dimensión, toma relevancia: el respirar, el silencio o de repente el barullo de una

multitud. Porque en el agua hay que nadar para sobrevivir, hay que salir a flote. Nadar alivia mi dolor de espalda, que lo tengo, y a veces ordena mis pensamientos. El agua es transparente, pero según como nos sumergimos en ella, se puede tornar asfixiante. La imagen que devuelve puede ser traslúcida y pura o borrosa y ese símil es el que recorre en paralelo a la investigación de **Nadar**. Hay momentos de mayor claridad y hay otros donde falta el aire porque se confunden los objetivos, porque se mezclan las ausencias, la del padre y la del abuelo. Donde se piensa en la familia y en su significado... Una historia poblada de mujeres que tiene como macguffin perfecto la búsqueda de un hombre al que no se le ve el rostro. Esa imagen que se mezcla con la

